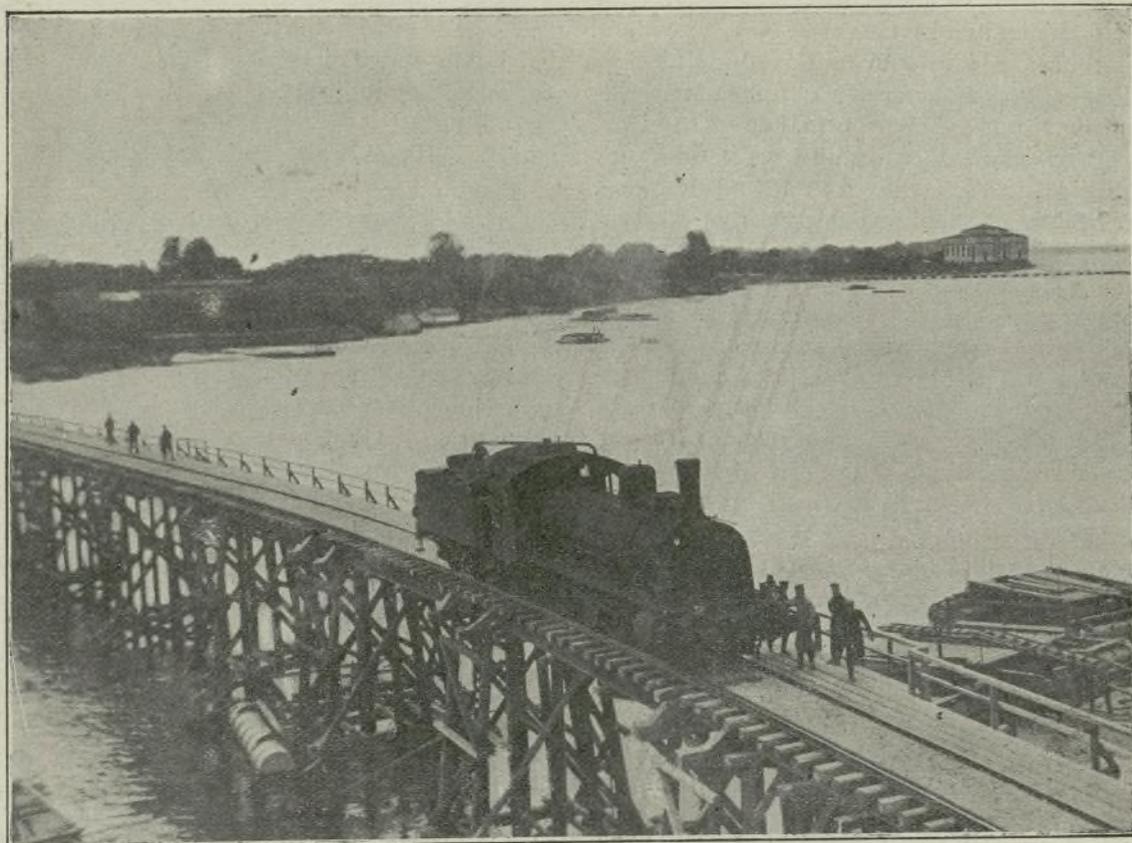


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 84.—BARCELONA 22 DE DICIEMBRE DE 1915



Puente construido por los zapadores alemanes sobre el Vístula, en Novo-Georgievsk

CRONICA INTERNACIONAL

I. Consecuencias del pacto de Londres.—II Persia y los países mahometanos.—III. La actitud de Grecia

I.—Consecuencias del pacto de Londres

Alemania, con Austria, ha arrebatado a Rusia varias de sus mejores provincias, con una superficie mayor que la de España; ha ocupado Bélgica y ha invadido a Francia, donde sostiene una posición amenazadora. Austria, a su vez, contiene a Italia, cuyos ejércitos deshace poco a poco, y, con la ayuda de búlgaros y alemanes, ha conquistado a Serbia y está derrotando a Montenegro. Militarmente, la situación de los Imperios centrales es muy favorable; cada mes que transcurre registra a favor de aquellos nuevas ventajas, en lugar de debilitarlos, según se está anunciando desde que comenzó la guerra. Sin embargo, ni Rusia, ni Francia, ni Bélgica, ni Italia, ni la misma Serbia, se inclinan a concertar la paz. ¿Les movería a pactarla otra derrota del ejército ruso, una victoria alemana en Francia o un nuevo fracaso de los italianos? Seguramente, no. Aunque cada una de estas naciones está convencida de la inutilidad de sus esfuerzos, las sostiene la esperanza en las otras, y, sobre todo, la actitud de Inglaterra.

La Gran Bretaña no ha sido vencida, ni lleva ca-

mino de serlo. Todos sus planes han terminado en descabros, tanto en Bélgica, como en Francia, lo mismo en Turquía europea que en Mesopotamia; pero como no ha sido objeto de ningún ataque serio y directo, lo único de que tiene que lamentarse es del fracaso de su ofensiva. Mientras las desgracias no sean más graves, no tendrá serios motivos Inglaterra para desear la paz; sus colosales gastos comprometen su situación financiera, pero, gracias a su marina mercante y a sus colonias y dominios, algunos años de paz le bastarán para reponerse. En cambio, no estando ninguno de sus territorios ocupado por el enemigo, puede y debe continuar indefinidamente la guerra, que debilita y pondrá a su disposición tanto a sus adversarios como a sus actuales aliados y antiguos rivales. Se comprende, pues, que obligue a todos a persistir en la lucha, amenazando a Rusia con negarle sus auxilios pecuniarios si flaquea, arruinando a Italia mediante el bloqueo de sus costas, y dejando que Francia sea aplastada el día que se retiren de Flandes los centenares de miles de hombres que French acaudillaba.

Inglaterra es la dueña de la situación, y por eso

van contra ella los tiros de alemanes y austro-húngaros.

Acto de innegable habilidad, verdadero oasis en el desierto de la moderna diplomacia británica, fué el pacto de Londres, al que se han adherido Italia y Japón: ninguna de las potencias de la Entente puede pedir y concertar la paz por sí misma, sino a la vez que las demás. Y como a Inglaterra no le conviene esa paz, por ahora, la consecuencia es clara. Otra cosa será el día en que Inglaterra se vea en peligro cierto; entonces, por brillante que sea la situación de sus aliados, la paz universal será inmediata.

Escudada y protegida por las más de las naciones europeas, Inglaterra se ha sentido segura durante mucho tiempo. Los Imperios centrales no desconocían este hecho, pero mal podían pensar en atacar a Inglaterra sin antes haber vencido a Francia y Rusia, Serbia y Bélgica. Conseguido por fin este propósito, que parecía superior a las fuerzas humanas, se ha planteado el ataque a la Gran Bretaña, tomando como base el Asia Menor. Y allí es a donde hay que mirar para ver aparecer algún día el sol de la paz. Inglaterra ha de hacer lo indecible por frustrar el ataque de sus enemigos, creándoles dificultades en otras partes; pero si abortan sus maniobras, no hará gala de la abnegación espléndida demostrada por sus aliados, y se saldrá del palenque antes de recibir la primera estocada. Estas son las consecuencias del pacto de Londres, firmado única y exclusivamente para la mayor gloria y mejor provecho de la Gran Bretaña. Sin el famoso pacto, se habría ya firmado la paz.

II. — Persia y los países mahometanos

Está fuera de duda que la guerra ha estallado en Persia, contra los ingleses y los rusos. La inmediata vecindad de aquel reino a Turquía, favorece la llegada de recursos y tropas otomanas. Lo de menos es que los rusos lleven la mejor parte en la contienda. Mientras los persas mantengan su hostilidad contra ellos, Rusia tendrá que distraer fuerzas y enviarlas a aquel lejano país, exponiéndose al menor descuido a que el peligro se agrave; porque en los países musulmanes, y en todos, en general, el entusiasmo de una victoria no es apagado por una docena de derrotas. En las guerras irregulares, este hecho se observa con más frecuencia.

Pero la actitud de Persia tiene más importancia para Inglaterra que para Rusia, por la proximidad a la India. En el Indostán hay muchos materiales inflamables, susceptibles de arder si sobre ellos caen algunas chispas. Y no deja de tener ese carácter, el desastre británico en Mesopotamia, en Ctesitón.

Como quiera, sin que los alemanes hayan tenido que emplear un solo soldado, se ha engrandecido la muchedumbre de los enemigos de la Entente. De igual manera, un par de centenares de miles de alemanes en Serbia, han llevado a su lado más de 400 mil búlgaros y a un millón de turcos. Estos éxitos, más diplomáticos que militares, revelan el profundo conocimiento que los alemanes tienen de los países mahometanos y eslavos, y el falso concepto que de ellos habían formado los ingleses, a pesar de los muchísimos años que están en íntimo contacto con ellos. Inglaterra ha dominado demasiado a sus colo-

nias, sin preocuparse de la índole moral de los pueblos sometidos; le parecía innecesaria esta labor, en su altivez no se dignaba descender hacia los que miraba como siervos, y ahora, cuando ya es tarde para remediar esas faltas, se arrepiente; ni aun así ha tomado otro rumbo, tan grandes son la fuerza de la costumbre y el sentimiento de la superioridad.

La cuestión de Persia pasará al primer plano si los turcos consiguen nuevos éxitos en Mesopotamia, o llegar a los valles del Tigris y Eufrates una sola división de tropas alemanas. Rusia e Inglaterra serán las más perjudicadas.

III. — La actitud de Grecia

En la lucha diplomática entre Grecia y los aliados, el rey Constantino ha obtenido un triunfo personal, que le acredita de político sagaz, a la vez que de ardiente patriota. Se va ya reconociendo en Grecia que Venizelos era ante todo un hombre de partido, y como tal no podía ver con claridad las cosas; sus prejuicios le oscurecían la visión de lo que iba a ocurrir en los Balkanes.

El rey Constantino proclama a quien quiere oírle que nadie es más amigo que él de Francia e Inglaterra; que está dispuesto a los mayores sacrificios menos el de la independencia nacional; y que dará a los ejércitos aliados cuantas facilidades y protección necesiten, con sólo que previamente se le diga qué es lo que se proponen las tropas desembarcadas en Salónica. Verdaderamente, si hubiera imparcialidad y serenidad en los que hablan, generalmente en son de censura, de la actitud de Grecia, reconocerían unánimemente la prudencia y sabiduría del rey Constantino. ¿Qué menos puede éste pedir que el saber a qué atenerse? Columbrando la derrota de los aliados, ¿se querría envolver a Grecia, espontáneamente, en la catástrofe? Antes de censurar al rey Constantino, los neutrales debieran de imaginarse a su propia patria en el caso de Grecia, atropellada y expuesta a convertirse, sin quererlo, en teatro de la guerra, y entonces de seguro no opinarían con la misma desaprensión que ahora.

Acaso parezca que se desvanecerían los recelos del rey, si los aliados dieran la respuesta que éste le pide, pero es el caso que no pueden ser explícitos, porque de serlo, Grecia, sin vacilar más, se sumaría a búlgaros y germanos. ¿Cómo van a decir a los griegos que quieren quedarse con Salónica y todo el litoral del golfo? ¿que desean poner a los helenos a su servicio, sin hacer nada por ellos?

Mientras los más están entregados a la candidez de creer que cuando el cañón se oye cerca, todavía tienen valor las astucias diplomáticas, los búlgaros y germanos, sin hablar una palabra ni gastar toneladas de tinta, han llegado a un acuerdo con los griegos: les basta que sean neutrales. ¿Quién vacilaría entre el que sólo solicita que no se empuñen las armas y el que exige que se intervenga en una guerra que de antemano está perdida, en lo que concierne a los Balkanes.

No es de esperar que termine el año sin que se despeje esta incógnita de Serbia a la que seguirá muy pronto la de Rumanía.

F. LARIN.

LA CUESTION DEL ADRIÁTICO

Al cabo de seis meses y medio de guerra; de derramar la sangre a raudales; y de efectuar gastos que no puede soportar y que comprometen su potencia económica para mucho tiempo, Italia no ha conseguido más que llegar al Isonzo, en el E., apoderarse de algunos picachos inhabitables en el Tirol y llegar a la punta N. del lago de Garda, ventajas insignificantes comparadas con las cesiones territoriales que le ofrecía Austria-Hungría a cambio solamente de su neutralidad. No se satisfizo Italia con lo que se le brindaba, y cuando apeló a las armas señal fehaciente fué de que esperaba tomar por la fuerza mucho más de lo que a buenas se le quería entregar. Es posible, por no decir seguro, que a estas fechas la península de los Apeninos esté arrepentida, y que si se hallara en su mano desandaría el camino que no tomó sino al cabo de diez meses de meditaciones y minuciosa preparación; de esto, a suponer que Italia firmaría la paz si encontrase un medio decoroso de salirse de la guerra, no hay más que un paso; pero es un paso inmenso, que ninguno de los dos adversarios está dispuesto a dar, y Austria aún menos que Italia.

Después del sacrificio que Austria está haciendo para contener a los italianos junto a la frontera, con menoscabo de su acción contra los serbios y contra los rusos, que hubiera podido ser decisiva, no es de suponer que ahora se mostrara inclinada a ceder los territorios que, por consejo del Kaiser Guillermo II, ofreció en mayo y que los italianos han sido impotentes a arrebatarse a viva fuerza. Nadie se desprende voluntariamente a favor de un adversario, de lo que cree que puede conservar. Tal como la guerra se está desenvolviendo en los diferentes frentes, tiene derecho Austria a creer en su victoria sobre Rusia, y aquel día no serán los italianos quienes ataquen, aunque hayan llegado a Trieste, sino que recibirán el empuje de los austriacos, quienes buscarán en el Véneto, por lo menos, el premio de sus esfuerzos. De consiguiente, la doble monarquía no renunciaría ahora a las provincias que tan generosamente ofrecía a su antigua aliada. Si la paz se conviniere bajo la base de que las nuevas fronteras quedasen señaladas por la actual línea de batalla, cabe la posibilidad de que Austria se allanara a firmarla, con la esperanza de que el ejército del Archiduque Eugenio, lanzado contra los rusos, precipitara la victoria tan ardientemente deseada. No sería difícil el acuerdo con Italia, ni ésta se mostraría exigente, de no mediar entre ambos países un motivo de discordia mayor que el concretado en el irredentismo; motivo de discordia que ha permanecido latente mucho tiempo y que se ha ido agravando de día en día, habiendo adquirido suma importancia a consecuencia del aplastamiento de Serbia y de la probable destrucción del ejército montenegrino. Se trata de la cuestión del Adriático, que estuvo a punto de provocar un conflicto entre austriacos e italianos, al terminar, en 1913, la segunda guerra de los Balkanes.

Italia no ha querido nunca renunciar a la hegemonía en el Adriático. Al estallar la guerra europea en agosto de 1914 y tenerse que encerrar los barcos de guerra austro-húngaros en los puertos militares,

por haber arribado a aquellas aguas las flotas británica y francesa, Italia vió llegado el momento de que sus sueños dejasen de serlo, para trocarse en lisonjera realidad; ya no se perseguía la hegemonía, sino el dominio completo y absoluto del Adriático. Es indudable que una de las condiciones que Italia exigió para tomar las armas, y que aceptaron los aliados, fué libertad absoluta para dominar en los dos orillas de aquel mar. Poco después, tropas italianas desembarcaron en Valona, quedando así ocupadas las dos puntas del estrecho que pone en comunicación al Adriático con el Mediterráneo; lo cual significa que a partir de aquel día, quedó privada Austria de la libre comunicación marítima, y en una situación aún peor que la de Rusia en el mar Negro, si bien sólo en caso de guerra. El Adriático, en manos italianas su entrada, es desde ahora un mar interior, y la navegación austriaca está a merced de los antiguos aliados, hoy enemigos.

¿Puede, no ya la doble monarquía, sino nación ninguna, conformarse con este estado de cosas, atentatorio al porvenir y aun a la existencia nacional? Rusia bordea el Báltico y el Océano glacial ártico, tiene salida al Pacífico, en Asia; pero Austria, en situación más desventajosa que nadie, dejaría todo su comercio a merced de la voluntad de Italia. Si el triunfo de ésta pusiera a Austria en el caso de aceptar la paz, por humillante que fuera, no quedaría por eso zanjada la cuestión; existiría tan vivo como antes el germen de una nueva guerra, y se engendraría algo más tangible y razonable que el irredentismo, un sentimiento tan vivo como el de los rusos contra los turcos. El estrépito de las armas no cesaría sino el tiempo estrictamente preciso para que los dos rivales restañasen sus heridas, y la lucha sería a muerte, a menos que una tercera potencia arrojase a los dos de las costas orientales y viniese a restablecer el equilibrio que empezó a romperse hace dos años.

Más hostilidad hacia los austriacos ha demostrado Italia desembarcando en Valona y cerrando el canal de Otranto, que tomando la ofensiva en Carniola y el Tirol; porque con lo primero atentaba contra la existencia del Imperio, mientras que con lo segundo no trataba más que de reducir el territorio de su enemigo. Esta cuestión del Adriático es la que separa hondamente a los dos países. Si no surgió con anterioridad, ello fué debido a las esperanzas que todos abrigaban de ser los sucesores de los turcos en la dominación de Albania, y, más aún, a la labor del Emperador alemán y de sus Gobiernos, que tuvieron la habilidad de fundir en una alianza a dos pueblos tradicional y naturalmente rivales. Como todo lo artificioso, se derrumbó la alianza y surgió el conflicto. Los italianos se adelantaron a obrar, por aquello de que quien da primero da dos veces; pero no sospechaban que los acontecimientos iban a presentar muy en breve un cariz poco tranquilizador.

Nadie presumía a la sazón que Serbia pudiera ser rápida y completamente conquistada, ni que corriera peligro la existencia de Montenegro, ni de que una gran potencia llegase de hecho a ser vecina de Albania, todo lo cual es ya una realidad patente e innegable. Ha aparecido en los Balkanes una fuerza nueva, que amenaza directamente la pseudo-indepen-

dencia albanesa. Bulgaria, si no se trunca su destino, va a ser la base de un grande Imperio; realícese o no este pensamiento, si Austria termina felizmente la campaña emprendida en los Balkanes, sus territorios se extenderán hasta Albania, y quién sabe si hasta Durazzo. ¿Se ofrecerá el resto del litoral albanés a Grecia, a cambio de su cooperación militar, o a Bulgaria, si Grecia se resiste?

Al paso que el objetivo de los alemanes está en el Oriente de la península balcánica, del lado de Turquía y aún más allá, el de los austro-húngaros se encuentra en el occidente; unos y otros harán concurrir sus esfuerzos contra el enemigo común—los aliados desembarcados en Salónica—que se opone a los dos planes, pero una vez desaparecido el obstáculo, cada cual se moverá en el sentido que le conviene: Alemania contra Inglaterra y Rusia, Austria contra Italia. ¿Reembarcará ésta oportunamente sus tropas de Albania, sin esperar el choque, o bien persistirá en la ocupación de Valona? Héroe por fuerza,

tinios de toda la vieja Europa. No se les puede tocar sin que al punto salgan lastimadas Rusia y Turquía, Inglaterra y Alemania, Italia y Austria. Por eso, fatalmente, inevitablemente, la guerra ha tenido que derivar hacia los orígenes que la crearon, y es probable que de allí venga la solución del conflicto mundial, porque la península balcánica es la clave de todo el edificio que se está derrumbando primero y reconstruyendo enseguida en los campos de batalla. La cuestión del Adriático es uno de los aspectos más delicados de la magna cuestión de Oriente.

.....

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

La improvisación

(El señor A).—Declaro que no descubro el mérito: cuarenta años organizándose y preparándose, ¿para qué?



Un ataque de los turcos contra las posiciones inglesas, en Gallípoli

sus aliados la obligarán a insistir en sus reivindicaciones sobre Albania, única esperanza que queda a ingleses y franceses de que Italia les preste una ayuda más eficaz que la muy ligera que hasta ahora le deben. De esta suerte, los acontecimientos guerreros en los Balkanes, lejos de marchar a un rápido desenlace, se complicarán cuanto más deprisa avancen los ejércitos austriacos. En tal caso, Italia, que tanto se ha resistido a enviar tropas en auxilio de Serbia, tendrá al fin que mandar fuerzas a Albania, en defensa propia, en defensa de unos intereses que ella misma se ha creado y a los que dió estado tal vez prematuramente; y entonces se resentirán sus operaciones en el Isonzo, si no las ha llevado con antelación a feliz término. Este es el motivo de que Italia prodigue la sangre de sus hijos ante Goritzia y en el Carso: no es una mera excusa o pretexto para no intervenir al lado de serbios y montenegrinos, sino la necesidad de despejar la situación y ponerse en estado de obrar por su propia cuenta en Albania, antes de que los austriacos lleven la mejor parte.

Verdadera caja moderna de Pandora, los Balkanes concentran en su seno los apetitos y aun los des-

(El señor B).—Para fracasar en todos los frentes y en todos los teatros, según hace notar con acierto y oportunidad la nota oficial inglesa.

—Que va dirigida a los chinos. Fracaso en Bélgica, fracaso en Polonia, fracaso en Serbia, y en Volinia, en Galizia, en Curlandia, en Lituania y en Francia. Lo notable es que los fracasos han tenido lugar en tierras que no eran alemanas, pero que ya lo son.

(El señor A).—¿Qué éxito positivo han alcanzado los teutones? No me citará V. uno solo.

—¡Como no sea la batalla del Marnel! ¡Está usted fresco, señor A, lo que no me extraña, dada la época en que nos encontramos! En cambio, los amigos de usted están bastante acalorados.

(El señor A).—Cuarenta años de organización, y la guerra no ha terminado. Si yo fuera alemán, se me caería la cara de vergüenza. ¡Es bochornoso!

—¡No tiene nombre! Han zurrado la badana a todo bicho viviente, han destronado a Pedro y Alberto, han enviado al ostracismo a Nicolás, han sometido a una danza continua a los cuarteles generales de los aliados, han duplicado su territorio y, sin embargo,

¡todavía no piensan en rendirse! No sé por qué son tan compasivos los ingleses y sus adláteres; yo, en su caso, no hubiera perdonado la vida a los alemanes. Es uno de los inconvenientes de defender la libertad. Los malditos prusianos no merecen gozar de libertad.

(El señor B).—No la han conocido nunca. Están tiranizados y oprimidos. En medio de todo, me inspiran piedad; no saben el mal que ellos mismos se hacen.

—¡Calcule V., todos se han expatriado! ¡Y aún dicen que obran por patriotismo! Por el contrario, los rusos se concentran en su país, dispuestos a luchar por la democracia.

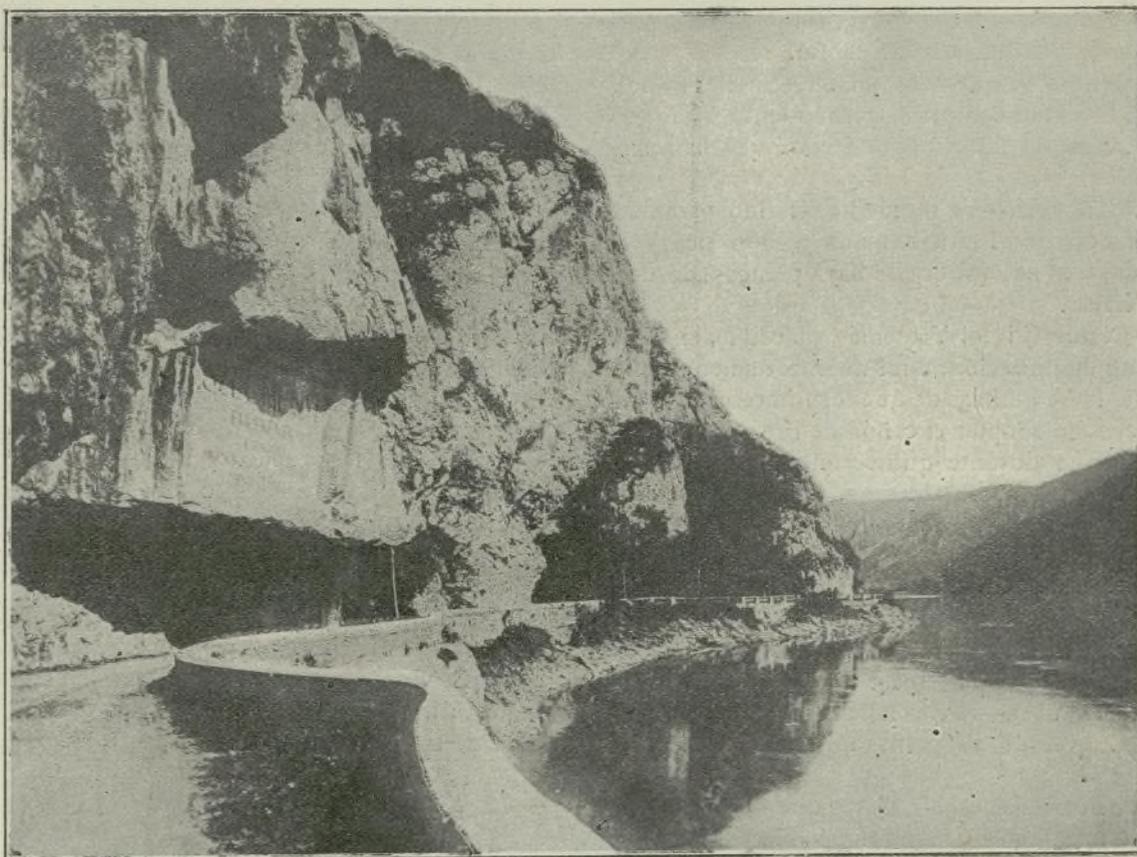
dígame V., ¿a qué farsa o mascarada llaman ustedes improvisación?

(El señor A).—¡Me lo pregunta V.! Francia no tenía ejército, ni municiones, ni cañones, ni vestuario, ni fortalezas, cuando estalló la guerra. El patriotismo suplió todas las deficiencias, hizo milagros, los alemanes fueron derrotados.....

—Sí, en la batalla del Marne, primera y única batalla que se ha librado en esta guerra; lo sabía. Dígame V., señor A, ¿dónde ha leído V. esas cosas, en la prensa alemana?

(El señor A).—No poseo el alemán. Lo han dicho los periódicos franceses, y.....

—Lo dijo Blas, punto redondo; V. se lo ha tra-



La Garganta llamada «La Punta de Hierro» por donde pasa el Danubio, junto a la frontera rumana

(El señor A).—Sea lo que fuere, el caso es que la tan decantada organización alemana no ha sido capaz de resolver la guerra. Excuso decir lo que hubiera ocurrido si no llegan a estar apercebidos con tanta antelación. ¡Ni los rabos quedarían!

—¿Conque, rabos, también? ¿Se debe tal vez ese descubrimiento a algún *savant* de la Sorbona? ¿No será un bromazo del gran ironista monsieur Maurras (Charles)?

(El señor A).—Frente a esa organización alemana, obscura, estéril, inútil, infecunda, premiosa e ineficaz, la presente guerra nos muestra, como revelación sublime, las maravillas de la improvisación francesa. ¡Ella sí que es admirable!

—¿Qué entiende V. por improvisación y de dónde ha extraído la palabreja?

(El señor A).—¡Apenas hace días que la emplea la prensa aliada! ¿Aún no se había V. enterado? ¡Vive V. demasiado atrasado, don Subrio!

—¡Efectivamente, no he pasado de 1915! Pero,

como tantos otros disparates. Vayamos por partes. ¿Qué ha hecho el pueblo francés al enterarse de esa improvisación? ¿Ha tomado la justicia por su mano? ¿Han tenido que salir bufando, como si olieran a los *boches* los políticos que han gobernado en los últimos cuarenta años?

(El señor A).—¿Por qué? ¿Quién ha mentado a los políticos y gobernantes!

—¡Ahí es nada! El pueblo francés ha destinado a gastos militares, desde 1870 acá, sumas mayores que las invertidas por Alemania, y ahora resulta que ésta se encontraba organizada y preparada, y que Francia ha tenido que improvisarlo todo. ¿Qué ha hecho del dinero? Si V. no halla motivo para que estalle la indignación pública y haga un desaguizado, tendré que creer que en Francia ya no hay franceses.

(El señor A).—El espectáculo grandioso de la improvisación ha borrado todas las faltas anteriores. ¿Qué se ganaría con remover el pasado, ni exigir el castigo de los culpables?

—Que no se repitiera el caso. Pero, señor A, permítame V. que le diga que no hay tales culpables, y que V. es más infeliz cada día. Ya sabe V. aquello de quien nace para ochavo; V. ha nacido para párvulo, y no llegará nunca a la adolescencia, de la misma manera que los ingleses han nacido para esto, para ser *ingleses* del género humano.

(El señor B).—Extraño fuera que no sacara V. a colación a los ingleses.

—Buena falta hace que les saquen, aunque sea a colación, pero que salgan de una vez y les dé el aire de Europa, más puro que el de sus islas. Volviendo a nuestro pleito, señor A, ¿sabía V. que las mejores plazas fuertes del mundo, con la única excepción de Amberes, son las del N. E. de Francia? ¿Cree usted que las han *improvisado*?

(El señor A).—Las fortalezas son un simple detalle, que no debilita mi argumento.

—¿Ignora V. que la red de ferrocarriles franceses del N. E. es tan completa, por lo menos, y tan estratégica, como la del Imperio alemán? ¿La han *improvisado*?

(El señor A).—Yo no me he referido para nada a los ferrocarriles. Francia es una nación rica y adelantada, y es natural que se haya preocupado de las vías férreas.

—¡Naturalísimo! Y además, plausible, envidiable y digno de imitación; a mí no me duelen prendas. ¿No tenía V. noticias de que los franceses fueron los primeros en adoptar el cañón de tiro rápido, con escudo, y que durante quince años su artillería fué mucho mejor que la alemana, en innegable estado de inferioridad, y que al declararse la guerra se enorgullecería de su 75, habiendo no pocos ciudadanos convencidos de que la artillería enemiga sería destruída en la primera batalla? ¿Quiere V. leer, para refrescar sus recuerdos, esa colección de periódicos franceses de agosto de 1914?

(El señor A).—No les faltaba razón para ello.

—Convenido. La prensa militar del país vecino proclamaba un día y otro que sus reglamentos y métodos de combate eran mejores que los del adversario; y tanto la militar como la no militar, aseguraban que Francia ya no sería cogida de improviso y que estaban tomadas todas las medidas para llegar rápidamente al Rhin. ¿Lo duda V.?

(El señor A).—¡No! Pero eso eran desahogos pueriles de los periódicos.

—No tan pueriles como quiere V. dar a entender. Las tropas de *couverture*, apoyadas en las plazas fuertes, eran tantas en número como las alemanas; el célebre fusil Lebel, de que estaban armadas, no reconocía rival; la movilización había sido tan minuciosamente estudiada que no podía menos de ser perfecta, y lo fué, en efecto, lo mismo que la concentración; estaban elaborados los planes de campaña...

(El señor A).—Pero Alemania aumentó el efectivo de su ejército, en 1912.

—Al cual respondió la ley francesa llamada de los tres años. Se envanecían los defensores de la justicia de contar con un generalato tan eminente como el alemán. Los almacenes estaban atestados. Las mejores fábricas de material de guerra, en Francia radicaban. La aviación francesa era la mejor del mundo. Las arcas del Tesoro apenas podían conte-

ner el oro guardado para las necesidades de la guerra....

(El señor A).—Todo eso que V. dice, es verdad, y mucho más: las magníficas tropas alpinas, los trenes de puentes, los explosivos modernísimos, el espíritu de las tropas...

—¿Qué faltaba, según esto, a los franceses? ¿No conocían su territorio? ¿No distribuyeron, al decretar la movilización, planos detallados y perfectos de las provincias alemanas y francesas fronterizas? ¿No tenían nombrados, desde la paz, los cuarteles generales?

(El señor A).—Pero como Alemania tiene más población que Francia, es evidente que el ejército alemán era más numeroso que el ejército francés.

—Y ello ¿es materia de improvisación? ¿Al lado de quiénes combatieron los millones de rusos y de ingleses, los centenares de belgas, y los innumerables italianos, serbios y montenegrinos? No confiesan ahora mismo los franceses que poseen una superioridad numérica abrumadora sobre su adversario? ¿Lo negará V.?

(El señor A).—Superioridad que irá en aumento cada día; por eso vencerán.

—Pues, entonces, ¿dónde está la improvisación? Recapacite V. sobre los detalles de cada cosa y sobre su conjunto, y se persuadirá de que los franceses estaban tan bien organizados y preparados como los alemanes; que eso de la improvisación es una paparrucha tan enorme como las de la democracia y la civilización. ¿Han olvidado ustedes aquel famoso orador que *improvisa* los discursos con seis meses de antelación, y los reparte a los periódicos antes de pronunciarlos? Todavía es peor la flamante improvisación francesa.

(El señor B).—En lo que V. dice de Francia hay un fondo de razón. Rusia no está en el mismo caso.

—¡Es verdad! Antes de la guerra había movilizadizo ya; mire V. si el conflicto la cogió de sorpresa. Si se descuida Alemania brotan los cosacos en Berlín.

(El señor B).—Italia tuvo que efectuar de prisa y corriendo....

—La pobrecita sólo dispuso de diez meses para completar los preparativos que habían de llevarla a las poéticas márgenes del Isonzo, cuyos aires habrán constipado a Annunzio, porque el pobre hace tiempo que no canta; este gallo que no canta... ¿si cantará la gallina?

(El señor B).—Que Inglaterra ha tenido que improvisarlo todo, es un hecho...

—¡Naturalmente! Como los ingleses son tan vehementes, se metieron voluntariamente en la guerra, careciendo hasta de camisa. ¡A otro perro con ese hueso! ¿Aún no se ha enterado V. que la falta de municiones y las demás zarandajas son la hoja de parra de que se valen para lanzar a la guerra a todos los pueblos, y quedarse ellos en casa? La cuestión se reduce a lo siguiente: los alemanes han tenido cuarenta años para prepararse, y, claro está, han podido organizarse a la perfección; nosotros, como sólo llevábamos cuarenta años armándonos y hemos gastado más que nuestros enemigos, lo hemos tenido que improvisar todo. Juegos de palabras con que se ocultan media docena de nombres, que dan la clave del enigma.

(Los señores A y B).—¿Cuáles son esos nombres?
—¡Hindenburg, Mackensen, Kluck, Meeringen...
y hasta diez en total!

SUBRIO ESCÁPULA

AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

En Viena en «Kriegszeit»

(De nuestro Corresponsal)

I

En Berlín no hay guerra ni se siente. Pero se sabe que la hay encarnizada tras del Rhin y el Vístula. ¿Es que en medio de estos siglos que llaman de civilización y de progreso, aún queda en nuestras almas un residuo potente del salvajismo, del impulsivismo de nuestros antepasados? No quiero ahora darle nombre, ni buscarle origen. Un hecho es indudable: mientras sé que millones de bravos se baten en no lejanos campos de batalla, la paz y tranquilidad monótonas, empedernidas, de Berlín me son insoportables. Temo hundirme en un marasmo o somnolencia, mientras los otros viven y se agitan. La única actividad, la actividad por excelencia, que arroja sombra sobre todas las demás, es la que entronó a los dioses y a los hombres, la que mudó tantas veces la faz del mundo, es la actividad viril y noble de las armas... En vano voy y vengo paseándome a lo largo de mi aposento, como en una jaula de hierro. Me falta aire y amplitud. En mis oídos resuenan las palabras de Fausto:

«Flieh! auf! hinaus ins weite Land...»

Repetidos golpes en la puerta. Un telegrama. ¿Si será él?—Sí es:

«Sírvasse presentarse Georgcochplatz, 3, Viena, oficina de la prensa del Ministerio de la Guerra. Objeto incorporación «Cuartel de la Prensa de Guerra».

Oficina de la prensa en el Ministerio imperial y real de la Guerra.

El tiempo estrictamente preciso para hacer los más indispensables preparativos. Aún no amanece el 30 de Junio y yo ya estoy en pie. Para no perder el tren había adelantado mi reloj. A las siete en la estación. ¡El tren parte a los ocho! Siglos se me hacen los minutos. ¿Si se habrá detenido el reloj de la estación?—«Al tren todo el mundo!» «¡Vámonos!» Un peso se me cae de encima, que me asfixiaba. Y al temblar y crujir del ferrocarril se empiezan a apaciguar mis nervios rebeldes, como si sus energías hubieran pasado al monstruo rodante, por transmisión directa.

Siempre que he ido a Viena lo he hecho en compañía de un venerable General. Los primeros momentos del viaje llaman a mi memoria la figura respetable y los consejos y lecciones del viejo General, de altos méritos y profundo saber. Su influencia decisiva en mí sé que puedo observarla aún a distancias que separan mares y continentes.

Busco en el cupé y encuentro que esta vez la compañía es muy otra. Entre los demás pasajeros están dos hermanas de la Cruz Roja alemana. Van a Austria a prestar sus servicios en los hospitales de aquel país. La una es rubia, de ojos claros y lángui-

dos, el tipo puro de las razas del Norte. Su novio, un empleado del Banco, se fué a la guerra. Ella no quiso ser menos, se hizo hermana. Como es novicia, no tiene la seguridad y firmeza de su compañera. Alta, fuerte, morena, inteligente, ésta ha hecho toda la campaña de invierno en la Prusia oriental. Como la invité a narrarme sus hechos y proezas, no tardó en hacer pasar con gran viveza de expresión, por delante de nuestros ojos atónitos los cuadros más interesantes de su vida de campaña. Cuenta de los sufrimientos de los heridos que llegan en masa de los campos de batalla, de su empeño y trabajos por hacerles olvidar sus dolores, del valor de algunos de entre ellos, de su agradecimiento hacia las hermanas que los cuidan y sanan. «No es difícil dedicarse a esos hombres sencillos y fuertes, porque todo sufrimiento es para ellos leve y siempre se sienten sanos para tornar a la lucha. No así los oficiales, que son muy fastidiosos y todo empeño que uno se tome les parece por debajo de sus méritos».

En esta amena plática que me daba una idea especial sobre estas heroínas inconscientes de su heroísmo, pasamos las 13 horas del viaje, tan abstraídos, que las hermanas olvidaron anunciar por telégrafo su arribo a Viena. Ofrecíme a acompañarlas a un hotel, tanto más, cuanto que ellas no conocían la ciudad. La rubia se empeña en que vayamos al «Hotel Residenz», que le ha sido siempre recomendado por su novio. Mal de mi grado, nos dirigimos a él.

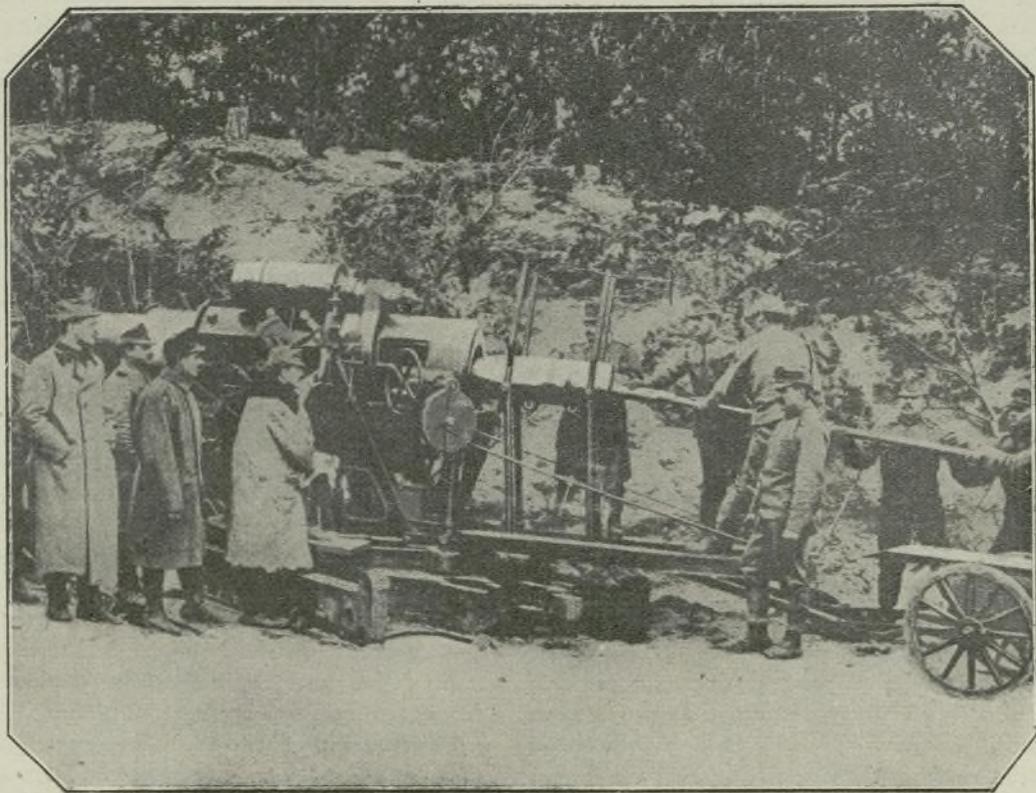
Extráñase el hotelero y, no menos, el portero, que un «Ausländer» llegue por la noche con dos hermanas de la Cruz Roja. Con recelo, y después de una asaz larga conversación en voz baja que ambos tienen con un mozo, me admiten. Cuando aún no he acabado de deshacerme del gabán, preséntase intempestivo el mozo. Trae el libro para que en él estampe mi nombre, origen, etc., y me ruega que presente el pasaporte. Como no tengo pase conmigo, titubeo un momento. «¿Qué derecho tenéis vosotros para exigirme pase? ¿Desde cuándo son los hoteles establecimientos de policía?», digo un tanto disgustado.

—«Kriegszeiten!» es toda su respuesta. Alárgole el telegrama ministerial que me llama. Cuando lo ha leído, viéndome con una sonrisa triunfante, opone:—«¡Eso no es pasaporte!»

—«Pero si con eso he pasado la frontera hace algunas horas tan sólo». Fíjase un momento con sus verdes ojos magiares y se aleja lentamente, observando el telegrama por todos lados, para consultar con su jefe. Enseguida está ya de vuelta. Que si no tengo otros documentos. No tengo ninguno y, para contentarle, saco del bolsillo y le pongo en la mano una tarjeta de visita, la cual, aunque no es documento, para él podía pasar con tal carácter. Reunidos en gran consulta hotelero, portero y mozo resuelven hacerme una visita, y me la hacen. La palabra corresponde al hotelero, quien se pone a preguntarme tanto sobre mi origen, grado de instrucción, actividad, etc., que no lo hubiera hecho mejor un biógrafo pagado. Al fin me impaciento, levanto la voz y protesto contra tan extraño proceder. El portero tercia conciliador, hace todavía nuevas preguntas, mientras el mozo observa mi baúl abierto, con detenimiento, y se retiran en consejo. Entre



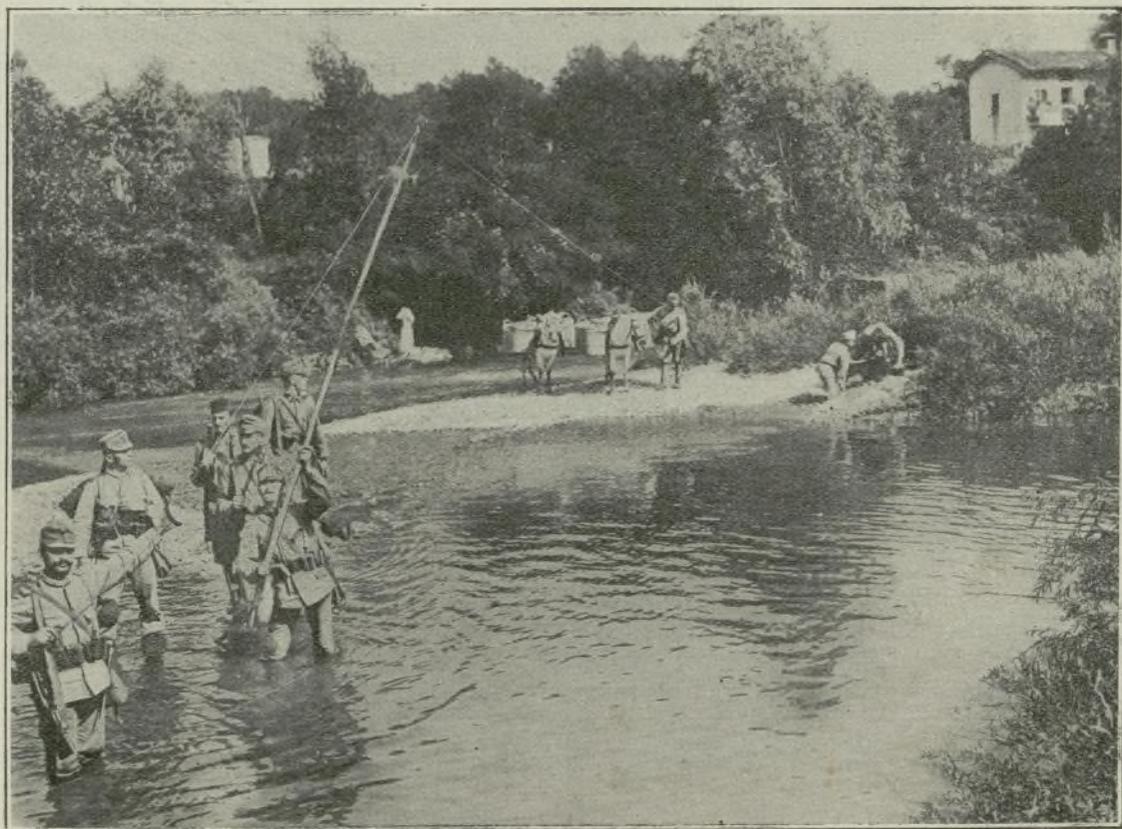
Columnas de tropas alemanas, al N. E. de Vilna, marchando a campo traviesa por estar destruida la carretera. A la izquierda, familias lituanas fugitivas



Carga de un mortero austriaco de 30.5 centímetros, en el frente oriental



Interesante fotografía de un biplano alemán volando en el Norte de Francia. La instantánea ha sido tomada desde otro avión de guerra, que cruzaba a mayor altura que el primero



Ingenieros telegrafistas austriacos, pasando un cable sobre el río Isonzo

tanto, aceptan el telegrama, después de acalorada discusión. El telegrama pasará a la policía, quien dirá la última palabra. Así me lo avisa atentamente el camarero.

—«Bueno, hombre, déjame al fin en paz. Vé y dí a la camarera que me traiga agua caliente».

Las hermanas están ya listas para ir a cenar. Hácelos en compañía y animada conversación.

El teniente D. Víctor Rado me recibe a la mañana siguiente en el Ministerio de la Guerra. Ha viajado mucho por España y sud-América y habla correctamente el español. Esta circunstancia y su amabilidad de oficial austriaco facilitame en extremo los trámites y pasos necesarios para conseguir que se me envíe al frente, por lo cual le debo mi más cumplido reconocimiento. En general, es sorprendente y agradable la cortesía de toda la oficialidad, y la buena acogida de que en todos lados he sido objeto por parte de ella, ha causado en mí la mejor impresión.

El Sr. Rado lo tiene todo listo. Documentos, pases y autorizaciones están a mis órdenes. Con ellos podré llegar hasta el lugar de destino, nadie me pondrá obstáculos y toda autoridad está obligada a ayudarme en mi empresa. Contento por haber conseguido, al fin, el principio de la realización de mis deseos, vóime en busca de mis amables compañeras de viaje. Les he ofrecido conducir las por la ciudad para que la conozcan y yo tendré a la vez oportunidad de observar el aspecto de la alegre Viena en estos tiempos de guerra. Ya se presentaron en el hospital respectivo y tienen a su disposición el día, para reposar del viaje.

A pie y en coche, recorreremos buena parte de la gran capital, sin hacer más estación que la necesaria para almorzar. En todas las calles hay ruido, movimiento, vida. Gran número de soldados pasean en grupos compactos, alegres y contentos. En el «Ring» ostentan, como de costumbre, sus vistosas y provocativas figuras las bellas vienesas, que son uno de los más conocidos ornamentos de la reina del Danubio y el mejor atractivo para los forasteros. En el «Prater» cruzan en todas direcciones los carruajes opulentos de la alta burguesía, que van en busca de aire libre y una taza de té para sus pálidos señores. ¡Todo como en tiempos de paz! Sólo el tumulto de provincianos que van y vienen para distraer sus ocios forzosos, cambia un tanto el cuadro, haciéndole aparecer más variado, más rico en tonalidades. En efecto, a la capital acuden los fugitivos de Galicia invadida en parte por los rusos, así como los habitantes de las demás fronteras en cuyas cercanías amenazan los horrores de la guerra.

En resumen, de aquella Viena moribunda, hambrienta, desolada, profundamente triste y estrujada por la férrea mano de Marte, que alcanza a lo lejos; de la Viena que tiembla en espera de los cosacos, aterrada; de la Viena que se complacen en pintar con los más sombríos colores de su paleta los periodistas de la Triple Entente no hay ni huellas a las orillas del Danubio. A quien quiera verla, más le valdrá dirigirse a Francia o a Londres y no la busque en el horizonte, no, búsquela en los centros intelectuales—por la hipertrofia de la fantasía—que son las fábricas oficiales de semejantes cuadros de muerte imaginaria. En Viena, en cambio, rien los

buenos vieneses de su mentada muerte prematura. Rien, porque se sienten aún con vida y salud bastantes para soportar, no sólo las pequeñas privaciones que hasta la fecha ha acarreado consigo el estado actual de cosas, sino mucho más durante largos años de lucha. La ligereza proverbial del vienés le hace tomar con buena cara todas las contrariedades de la vida siempre que lo haga en sociedad! Por eso los ecos de los combates en todas las fronteras, con todos sus trastornos y molestias, no hacen mella en él. Ni aun los italianos, porque están seguros de derrotarlos otra vez. ¡En Viena se ríe el público de Italia!

Los cafés están llenos de concurrentes y nos cuesta trabajo encontrar asiento en la terraza del en que entramos. Allí se hablan todos los idiomas, aun inglés o francés, y no hay humano que se atreva a encontrarlo extraordinario. Nadie mira de reojo a los que hablan ruso o interpela a los que usan del serbio. Llámame la atención la concurrencia del hotel, pues es seguramente un caso aislado.

Aún una observación. El pan es de inferior calidad que en Alemania. Mas, se deja comer y hay bastante de él. Por lo demás, si la vida ha encarecido un poco, no es en las proporciones que en el extranjero se cuenta.

II

Hacia el cuartel de la Prensa de guerra

A las 7'45 a. m. partió el tren que me había de conducir al cuartel de la Prensa de guerra. En la estación todavía había hecho conocimiento con un sacerdote católico, que va a Presburgo. A su lado en el estrecho cupé, conversamos. No ha mucho que abandonó el seminario. Es muy joven todavía. Bien quisiera coger el fusil y salir a batirse con rusos o serbios. Pero es la cruz con la imagen descarnada del Redentor, lo que le han puesto en la mano. Empúñala con menor fuerza, pero con igual ardor y convicción, para llevarla a los labios tibios de los que mueren por la patria en la gran lucha. Ante todo va a despedirse de su madre, quien habita en Presburgo. Enseguida irá al frente a cumplir su misión. Antes de despedirse de mí me da su bendición—habla un poco de español—«para que Dios me libre de una bala, porque voy al frente, aunque sea de simple curioso».

En cada estación suben soldados y más soldados. Al despedirse, al entrar, desde arriba, hablan tan fuerte y rien, que en medio de la algarabía y de los gritos no es posible entender una jota de todo lo que dicen. Tanto más, cuanto que ya estamos en Hungría y lo que hablan es húngaro, por lo general, el cual idioma no es de mi personal posesión.

Bien me habían dado toda clase de detalles sobre el lugar y hora en que debía abandonar el tren; pero como quiera que el bullicio indescriptible que reina en todo el trayecto me haya distraído un poco y que un vagón de ferrocarril se ha interceptado entre el rótulo de la estación y mi vista, dejé pasar la estación N, donde debía apearme. Cuando lo noté ya no era tiempo. Decidí,—obligado por las circunstancias—a continuar hasta la parada siguiente, para volver desde allí con el primer tren. A las 3 y me-

dia p. m. llegué a Sillein. A duras penas logré abrirme paso por entre el gentío abigarrado y ruidoso que en cantidad increíble invadía la estación. Me informo y al escuchar que sólo dentro de dos horas pasará mi tren, me dispongo a observar a mis anchas a cada uno de los miembros de aquella multitud más llena de vida sana y natural que todas las multitudes más o menos políticas del occidente.

Los trajes son en primer lugar el objeto de mi admiración. Un instante me creo transportado a las áridas faldas de la Cordillera sud-americana. Tanto se asemeja el aspecto de estas mujeres al de las indígenas de Perú y Bolivia, con esas faldas de una amplitud extrema, plegadas y abultadas a la altura de las caderas, un saco a la espalda, en el cual va no pocas veces el hijo envuelto a semejanza de un gusano en el capullo, descalzos los pies. El todo de vivos colores frescos. Mas otros detalles y otros trajes, especialmente los del género masculino, me recordaban claramente que estaba en Hungría y en los Cárpatos.

La ciudad, de unos 9,000 habitantes no ofrece más atractivo que la vista amena de las alturas que limitan al N. y al S. el fértil y hermoso valle del Vag. Tras un corto paseo, vuelvo a la estación y mientras llega el tren, me regocijo en la alegría ruidosa de los soldados y sus mujeres y madres.

El tren me lleva en pocos minutos a la estación que me fué señalada como primera etapa de mi viaje. De allí al pueblo donde tiene sus cuarteles la Prensa hay más de un kilómetro. Desgraciadamente, a causa de mi extravío el coche de la Prensa ha tornado al pueblo y me veo obligado a hacer uso de una rara especie de coche diligencia.

El camino, difícilmente construído entre las rocas que flanquean al angosto valle del Vag, es de lo más accidentado que han visto mis ojos y sufrido mis pobres huesos. Mientras las cristalinas aguas del río corren rápidas hacia el Danubio, nos arrastramos nosotros lentamente en sentido opuesto, cuesta arriba. Al crujir sordo de las maderas de la carreta únese el que me llega más cerca de mis costillas angustiadas. En vano extiendo los brazos para sostenerme en equilibrio. Después de una media hora larga como un siglo, se detienen los jamelgos enjutos que tiran de mi armario rodado frente al cuartel del Jefe de la plaza. Mientras un ordenanza se hace cargo de mis maletas, me complazco en cerciorarme de la integridad de mi molido cuerpo, tentando con angustia cada una de sus partes. Seguro, al fin, de mí mismo, sigo al cabo que me guía hasta la oficina donde he de identificarme debidamente. Hecho esto, con una sonrisa en los labios, el amable capitán de alojamiento me da instrucciones sobre las horas de las comidas. Cuartel, falta—¡y vaya si hace falta!—El sub-oficial recibe órdenes para acompañarme a buscar habitación. De paso hago una visita al Mayor, Jefe de la plaza, quien me acoge con marcada amabilidad, y me colma de atenciones. Algunos pormenores sobre mi próximo futuro, para dar fin a la ceremonia y, en buena plática con mi acompañante, nos echamos a la calle. El sub-oficial sabe de muchos alojamientos dignos de mí. Pero no me puede ocultar su inclinación decidida por uno que está muy cerca, junto a la «Kanzelei» y me lo pondera tanto que me decido a visitarlo para ver si me acomoda. «Por lo

demás, agrega el soldado, si no le gusta aquí, podemos buscar otros cuartos después de haber visto este».

Estío de 1915.

J. C. GUERRERO.

LOS MONITORES DEL EGEO

Los ataques de los submarinos alemanes obligaron a los acorazados ingleses destacados en el mar Egeo, a buscar amparo en los puertos y bahías, y a protegerse con redes y otros elementos, única manera de no correr la triste suerte de las unidades echadas a pique. Pero la retirada de los grandes barcos, dejaba sin apoyo al ejército de tierra, expuesto al fuego de la artillería turca de Gallípoli y del litoral asiático, y, en estas condiciones, no sólo no era posible avanzar, sino que resultaba muy difícil repeler los contraataques de los otomanos. Entonces, los ingleses discurrieron un nuevo tipo de monitores o baterías flotantes, que pudieran llevar cañones de gran calibre y no presentaran apenas superficie vulnerable a los ataques de los submarinos. El corresponsal de la prensa inglesa, Mr. Bartlett, los describe en estos términos:

«Un hermoso día de julio, llegó el primero de ellos; no se parecía a ningún barco de los vistos hasta entonces: su superficie estaba casi al nivel del agua y tenía un cañón de 25 centímetros en proa y otro de 15 centímetros, largo, en popa. Se asemejaba más a una pagoda china que a un barco, pero se portó muy bien, y no tardaron los turcos en comprobarlo, cuando a los pocos días disparó algunos tiros contra la costa asiática, por vía de ensayo.

»Después, llegó otra pequeña ave de paso, más chica, armada con dos cañones de 15 centímetros, brillantes y nuevos. Era tan pequeña y tan joven, que nadie se había tomado la molestia de bautizarla, y se la designaba con un número, en vez de un nombre. Su tripulación, de 70 hombres, casi no vivía a bordo, porque no había camarotes para tanta gente. Seguramente despertó el regocijo y el buen humor en los turcos, aunque su opinión debió de cambiar viendo que aquella rapaza lanzaba proyectiles cargados con 100 libras de fuertes explosivos, a 12 millas de distancia, sin el menor quebranto en su estructura.

»El siguiente viajero causó más sensación, no sólo en el enemigo, sino también en nuestras tropas. Una tarde apareció en la entrada de la bahía de Kefalos un artefacto sorprendente: no parecía que marchase movida por el vapor, antes bien se asemejaba a un enorme ganso, que daba bordadas y estaba ataviado como en el día de San Miguel. A distancia, no podía decirse si tenía proa y popa, babor y estribor, porque parecía enteramente redondo. Sus altas bordas sostenían un puente o cubierta absolutamente plano, sobre el cual sólo se destacaba una gran torre, de la que salían dos enormes cañones de gran calibre, y de su centro, a manera de un árbol gigantesco de un bosque californiano, brotaba un gran trípode que sostenía una especie de cofrecillo de joyas, oblongo. Con gran dificultad y dando señales de torpeza, pasó entre las numerosas embarcaciones que surcaban la bahía, y echó el ancla bajo las mi-

radas de millares de personas, atónitas. Nadie había visto algo parecido a aquella. Las sensaciones siguieron a las sensaciones. Su tripulación comenzó a bañarse. En la apariencia, todos poseían el divino poder de andar sobre el agua, porque al descender por



El presidente del Consejo de Ministros de Rumanía, Bratianu

las escalas, en vez de sumergirse en las olas, se paseaban de un lado a otro, y luego de distribuidos se zambulleron, saliendo fuera del agua al cabo de algunos minutos, a medida de sus deseos. Saltamos a un bote para examinar aquel extraño fenómeno, y vimos que debajo de la superficie sus costados se combaban unos tres metros, y luego se curvaban más aún bajo del agua, formando una plataforma justamente cubierta por las olas. Este es el secreto y el misterio del barco. En aquella máquina se ha concentrado el ingenio para derrotar al submarino. Si un torpedo hiere su casco, hará explosión entre una variedad de substancias que no debo mencionar, y el barco quedará intacto. Estos enormes monitores no llevan más que dos grandes cañones de 37 centímetros y algunos otros ligeros contra los aviones. Son espaciosos y cómodos, a diferencia de sus pequeños vecinos. Su rapidez de marcha es muy escasa, consecuencia de su extraña forma y de su difícil gobierno, pero al presente su desarrollo está en la infancia, y resulta interesante contemplar el germen de lo que en lo futuro serán los barcos de combate. Sus cañones producen terrible estruendo al disparar, y lanzan 750 kilogramos de metal a 25 kilómetros de distancia. Posteriormente, llegaron otros tres monstruos de la misma clase, dándonos ocho cañones de 37 para bombardear las posiciones enemigas, además de gran número de pequeños monitores, de tamaños y formas variados.

»La nueva flota puso manos a la obra, saliendo todos los días de sus fondeaderos y cañoneando las posiciones enemigas, mientras los globos-cometas y los aeroplanos vigilaban. Los turcos y los hunos (alemanes) no tardaron en convencerse de que habíamos recobrado el dominio de la superficie del mar, y que el grande esfuerzo que provocó la retirada de nuestra flota de alta mar no resultó eficaz.

Más adelante, llegaron otros dos barcos extraños, el *Endymion* y el *Theseus*, cruceros de 25 años de edad, protegidos también por un formidable cinturón análogo al de los monitores. Su apariencia era la misma de antes, porque su protección se fundaba en estancos de acero y redes de alambre. Producían la impresión de haber sobrevivido a una terrible tormenta, que les arrebató los más de sus aparejos y obra muerta.

»Los grandes monitores están en el mar tan firmes como una roca, pero la vida en ellos no es muy agradable, porque el polvo del carbón lo invade todo y es casi imposible tener nada limpio. Cuando disparan sus poderosos cañones, inmensas nubes de llamas y humo rodean a los monstruos y se extienden por la proa. No son barcos, en realidad, sino plataformas flotantes artilladas. No obstante, cumplen perfectamente su objeto, y las pruebas a que se les ha sometido han tenido gran éxito. Si se pretende abordar a uno de esos monitores cuando el mar está agitado, se recibe una extraña impresión, porque las olas rompen sobre las bordas que hay debajo de la superficie, y producen una fortísima resaca.

»La nueva flota de monitores desempeñó importante papel con ocasión del desembarco en la bahía Suvla, el 6 de agosto, y en las operaciones siguientes. Diseminados frente a la costa, en los puntos de mejor sector de tiro, obligaron a los turcos a refugiarse en sus trincheras y paralizaron sus tentativas de contraataque.

PÉRDIDAS DE LOS RUSOS EN LA BATALLA DE AUGUSTOVO

Las pérdidas padecidas por los rusos en la serie de combates que se conocen por el nombre de batalla de Augustovo, del 10 al 15 de febrero de 1915,



El jefe del partido rumano anti-alemán, Take-Jonesku

fueron de 100.000 prisioneros, 2.000 carruajes de todas clases y 300 cañones. Las bajas en generales, jefes y oficiales, se descomponen así:

Muertos: 3 generales, 11 coroneles, 19 tenientes coroneles, 297 capitanes y 403 tenientes.

Heridos: 10 generales, 32 coroneles, 57 tenientes coroneles, 381 capitanes y 1.107 tenientes.

Prisioneros: 11 generales, 10 coroneles, 28 tenientes coroneles, 211 capitanes y 381 tenientes.

Total: 24 generales, 53 coroneles, 104 tenientes coroneles, 889 capitanes y 1.891 tenientes.

Cayeron prisioneros los generales Bulgakov (jefe de cuerpo de ejército), Schemyakin, Rohenschibd, Dyonson, Scheneider, Feodorov (de artillería), Us-

sotchev (de cosacos) y cuatro de brigada.

Como el 10.º ejército ruso, mandado por el general barón Sievers, se componía de once divisiones de infantería y varias a caballo, con una fuerza total de 220.000 hombres, puede decirse con toda propiedad que quedó destruido en la batalla de Augustovo; unos 50.000 hombres, en plena dispersión, los más sin armas, fueron los únicos que se salvaron del desastre, más grave aún que el famoso de Tannenberg.

CRÓNICA MILITAR

I. La campaña en los Balkanes como preliminar de una ofensiva contra Rusia.—II. Dónde tendrán lugar las últimas operaciones de la guerra.—III. Las causas del fracaso de los ataques a los Dardanelos.—IV. Las bajas del ejército y armada británicos.—V. La campaña en Macedonia.—VI. La situación el 16 de diciembre.

I.—La campaña en los Balkanes como preliminar de una ofensiva contra Rusia

He dicho en otra *Crónica*, y espero que los hechos no lo desmientan, que no hay necesidad de mirar al canal de Suez y Egipto para encontrar consecuencias interesantísimas de la campaña en los Balkanes; no deben separarse los acontecimientos desarrollados en Serbia, ni los que se avecinan en la Macedonia griega, de las operaciones en Rusia, y antes que a los ingleses interesa a los moskovitas que se desembrolle la madeja en la península, porque los combates en ella tienen más conexión de lo que parece con la situación militar en Rusia.

Las grandes fases de la ofensiva austro-alemana en el frente occidental, se han caracterizado por la amplitud de su concepción y la extraordinaria antelación de las medidas preliminares, de suerte que hasta muchas semanas después de iniciada una maniobra, no se ponía de manifiesto cuál era su verdadero objetivo. Recordemos que la ruptura de la línea rusa en el Dunayec y el impetuoso avance en Galizia no se enderezaron a la reconquista de esta provincia, más que como finalidad secundaria, mientras que el objetivo principal consistió en interponerse entre el centro y el ala izquierda rusa para encontrarse en situación de envolver la línea del Vístula; que no se alcanzó a comprender la utilidad de la invasión de Lituania y Curlandia, por el mariscal von Hindenburg, hasta que estuvo muy adelantada la maniobra de Mackensen en el S., y que súbitamente se trasladó todo el interés de la guerra a la región de Vilna, sobre donde concurrieron los esfuerzos del centro, aparentemente ocupado en la persecución de los rusos en retirada.

Sosteniéndose junto a la línea del Duina, los alemanes mantienen en perpetua amenaza al enemigo, porque el día que la conquisten y arrollen al defensor, se verá en peligro el centro político del Imperio, y la impresión en todo el país será inmensa. De aquí que los rusos estén obligados a guarnecer aquella línea con fuerzas considerables, sin olvidar su extremo izquierdo, al N. E. de Vilna, por donde sigue siendo posible en todos los momentos un movimiento de flanco.

Pero la acción decisiva de la guerra contra Rusia, si algún día se acomete, se ha de ejecutar en el S., en Ucrania, comienza en Volinia y se extiende en

las riberas del mar Negro. Este dilatado territorio está sometido, no identificado, con el resto del Imperio; y se encuentra en un caso parecido al de Polonia, con la ventaja, a su favor, de ser más rico, hallarse menos debilitado y haber sido menos oprimido. La independencia de Ucrania pondría fin al peligro ruso para los Imperios centrales, y pondría a Rusia en el caso de cifrar su porvenir en Asia. De donde se infiere que, si los austro-alemanes reanudan su ofensiva, el teatro principal será el del S., sin perjuicio de que simultáneamente o con antelación se ataque la línea del Duina, para desorientar al adversario y llamar su atención hacia otra parte.

A la misma conclusión se llega partiendo de razones de orden puramente militar. Desde los pantanos de Rokitno al S., el frente de batalla sigue una línea casi recta, que deja al E. el extremo oriental de Galizia. Si el flanco N. de esta línea dista mucho de estar asegurado, el extremo S. es notoriamente débil, porque costaría muy poco a los austro-alemanes envolverlo por la Besarabia, maniobra que varias veces pareció que estaba a punto de ejecutarse y que la imponía la situación general, pero que nunca se intentó de un modo formal. Que se emprenderá, es indudable, porque no se resignará Austria a que en cualquier momento se llegue a la paz, por victoriosa que sea, teniendo el enemigo en su poder una porción de Galizia, presa de la que podría obtener mucho partido.

El ataque por el S. sería poco expuesto y tendría de su parte todas las probabilidades de éxito, contándose con la cooperación de Rumanía o con la debilitación, por cualquier causa, del ejército ruso apostado en el teatro meridional. No es de creer que los rusos incurran en el error de los franco-ingleses, de acudir al punto elegido como más favorable por los austro-alemanes, esto es, los Balkanes. Admitiendo que tal cosa hicieran, el ejército moskovita que se internara en Rumanía y atacara a Bulgaria, encontraría delante a los búlgaros y turcos, con un puñado de alemanes, pero la masa invasora sería en detrimento de las fuerzas de Galizia y Volinia, y habría llegado la ocasión de que los austro-alemanes plantearan la maniobra en que tantas esperanzas han puesto. Voluntariamente, Rusia habría dado ganada la partida a los Imperios centrales. Todavía sería peor que Rumanía atravesase en son de guerra las fronteras de Besarabia; el ejército de Ivanov evacuaría

la Volinia y Galizia, y la guerra se encendería en Ucrania.

Cada una de las dos eventualidades está íntimamente enlazada con el desenvolvimiento de las operaciones en los Balkanes, y es posible que los alemanes las precipiten, por escasos que sean los factores con que cuenten. Disponen, en último término, del medio de provocar la decisión de Rumanía y coger de flanco la línea rusa, sin más que entrar en la Besarabia y concentrar un fuerte ejército en los montes de Transilvania, a la vez que los búlgaros y algunos cuerpos turcos se reúnen junto al Danubio; es claro que este partido extremo sólo cabe adoptarlo después de terminada felizmente la campaña que va a tener lugar contra los anglo-franceses desembarcados en Salónica.

De manera que, antes de pensar en Inglaterra, Alemania y Austria se han preocupado de Rusia al atacar a Serbia. El final obligado y natural de las operaciones en los Balkanes está en Ucrania, y allí es donde únicamente puede sentirse tan herida Rusia, que aún contra su voluntad tenga que inclinarse a la paz. Descartada Rusia, no sería menester ir a Egipto y a la India para que terminara la guerra, y la victoria se lograría más rápidamente y con menos sacrificios. Todo esto lo sabe Rusia hace mucho tiempo, y será curioso ver en su día si ha sabido prepararse contra el nuevo peligro o ha sido tan imprevisora como sus aliadas de occidente. En resolución, la invasión de Serbia no es más que la fase preliminar de otra campaña de mayor alcance.

II.—Dónde tendrán lugar las últimas operaciones de la guerra

Los ingleses y los Imperios centrales tienden a resolver la guerra en teatros diferentes de donde comenzó. Los primeros la han llevado a Turquía y al Asia, y los segundos a los Balkanes, con el propósito de extenderla más al Oriente. Si efectivamente han reconocido los beligerantes la inexpugnabilidad de las líneas atrincheradas en el frente occidental, y esta convicción se extiende también a las del frente ruso, inútil es seguir reforzando los ejércitos que las guardan, bastando dar a los efectivos un margen suficiente para tener previstas las eventualidades que pueden presentarse. En este concepto, todas las fuerzas sobrantes pueden emplearse en otros teatros, sin menoscabo de la situación en los principales. El extender la lucha a regiones apartadas del centro de Europa contribuye a precipitar la resolución, porque se hiere al enemigo en las arterias, se adquieren recursos y primeras materias que iban escaseando, se aumenta el número de los aliados, en una palabra, se robustecen las fuerzas propias con daño de las enemigas. Este principio general justifica, sin particularizar casos determinados, que unos y otros extiendan el inmenso campo de lucha. Es menester buscar el punto vulnerable del adversario, y si no se le encuentra en Europa acaso se le halle en Asia o Africa. Todo, antes que despedazarse infructuosamente en ataques contra posiciones que desafían los más impetuosos asaltos. Es claro que en ese tanteo unos u otros han de equivocarse, pero en esta materia es preferible esperar que hablen los hechos y sean ellos quienes otorguen los aciertos y los errores.

Tales pueden ser los resultados de las operaciones en los Balkanes, Asia y Egipto, que la guerra se resuelva sin necesidad de librar nuevas y grandiosas batallas en los teatros francés, italiano y ruso; pero antes de que la resolución se traduzca en una suspensión de hostilidades precursora de la paz, parece indudable que volverá a correr la sangre en abundancia en los frentes ahora más tranquilos.

Mientras Alemania no ocupe todo el territorio belga, no habrá desaparecido el reino de este nombre, ni quedarán extinguidos los argumentos de hecho en favor de su reconstitución. No podría Alemania hacer valer plenamente sus conquistas, si el armisticio encontrara a los franceses dentro de la Alsacia, por insignificante que sea el pedazo de ella que ocupen. La Galizia oriental, desde el Stripa al Este, pone a los rusos, aún siendo derrotados, en buenas condiciones para tratar con los austriacos. Lo mismo ha de decirse de los italianos. Y los franceses tienen en poder de su adversario varios departamentos del Norte.

En la hora suprema que preceda a la paz, todos los beligerantes, por consiguiente, han de sentirse inclinados a completar sus ganancias territoriales, los unos, a recuperar el terreno perdido, los otros. Los más difíciles de reconquistar son el Norte de Francia, Polonia, Lituania y Curlandia. No sucede lo mismo con la porción de Alsacia en que han puesto su planta los franceses, el extremo de Flandes y la Galizia Oriental. De dónde se infiere que—suponiendo que no cambie radicalmente la marcha de la guerra—los austro-alemanes tendrán que emprender una vigorosa ofensiva en los frentes del E. y O. cuando se vislumbre ya próxima la paz. De lo contrario, la victoria no será todo lo completa que anhelan los Imperios centrales. A la misma conclusión se llega, engrandeciendo el cuadro, si el éxito se inclina del lado de los aliados. El teatro italiano-austriaco es secundario, y lo seguirá siendo a menos que uno de los dos ejércitos obtenga ventajas que hasta el presente no ha logrado.

La decisión de la guerra puede, pues, muy bien encontrarse en los Balkanes, en Asia, en Egipto, en el mar, pero la palabra final ha de pronunciarse en los campos fronterizos de las grandes potencias. Si no es así, el agotamiento entrará por mucho en la terminación del conflicto. Porque, al fin y al cabo, lo mismo la expedición de los aliados a Gallipoli y los ataques a los Dardanelos, que la invasión de Serbia y las operaciones subsiguientes, y que la marcha sobre Bagdad, no son más que manifestaciones de la impotencia para obtener un éxito rápido y terminante en los teatros principales.

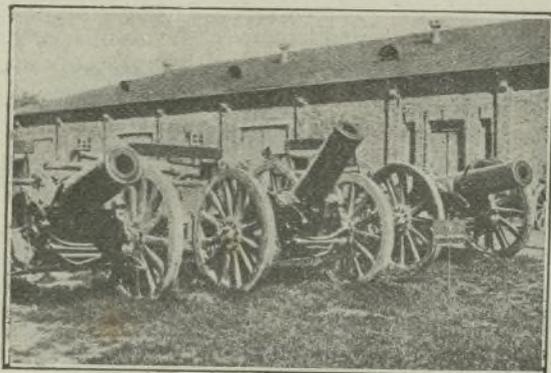
III.—Las causas del fracaso de los ataques a los Dardanelos

Comentando los debates sostenidos en el Parlamento británico sobre los ataques a los Dardanelos, Lord Sydenham ha escrito lo siguiente:

«No esperamos opiniones peritas de nuestros Ministros civiles; pero tenemos derecho a esperar que pidan y examinen atentamente las opiniones que se emitan. A juzgar por las «revelaciones», no sólo no se ha seguido esta práctica, sino que nunca han sido consultados los técnicos.

»Cualquier estudiante de asuntos de guerra habría recordado el parecer de Nelson cuando se le invitó a ejecutar un ataque naval contra Calvi, en 1794:

«Me tomo la libertad (escribió a Hood) de observar que el poner madera (los barcos) delante de murallas, es un procedimiento lento; y que aún admitiendo que ellos (el enemigo) no rompan un fuego



Obuses japoneses capturados por los alemanes en Novo-Georgievsk

violento, lo cual yo creo que harán, la cantidad de pólvora y balas que tendríamos que gastar en semejante ataque, haría mucho mejor efecto disparada desde una batería instalada en la costa».

»En consecuencia, Nelson desembarcó algunos cañones, los hizo servir por sus marineros y consiguió que Calvi capitulara, apoderándose de dos fragatas que estaban en el puerto. El combate de sir Sydney Smith, con el *Pompée* y el *Hydra*, contra una simple batería de dos cañones en el cabo Licosa, en 1806, corrobora exactamente la teoría de Nelson, que sigue siendo hoy de actualidad. La entrada de Duckworth en los Dardanelos, es difícil que se haya olvidado, y su flota era infinitamente más poderosa, con relación a las defensas turcas en 1809, que la que en marzo de este año se propuso abrirse paso a viva fuerza entre unos fuertes organizados por el consejo y bajo la dirección de los alemanes. El ataque a Sebastopol, donde seis barcos de línea fueron puestos fuera de combate por el fuego de las destrozadas baterías de la *Avispa* y *Telégrafo*, está presente en la memoria de personas que aún viven; y si en los días de flojedad guerrera, se obtuvieron algunos éxitos, como los de Acre y Argel, sencillas explicaciones bastarían a demostrar que la ley general no se interrumpió. En época muy reciente, el ataque de los franceses a Sfax, plaza que, después de un sostenido bombardeo, estaba «prácticamente intacta», podía haber sido recordado con mucha oportunidad; y nuestra propia experiencia de Alejandría, en 1884, si hubiera sido bien comprendida, habría hecho imposible aquella imprudente decisión. No me olvido de los viejos fuertes Seddul-Bahr y Kum Kalé, y sé que se hicieron en ellos excelentes blancos; pero las verdaderas defensas del estrecho eran absolutamente inexpugnables frente a un ataque naval, y un concienzudo estudio de los planes habría demostrado la evidencia de este hecho. Estas defensas eran inaccesibles al fuego de barcos situados en aguas libres para la maniobra, y las operaciones de dragar los grandes campos de minas resultaban im-

posibles, a causa de los cañones ocultos dispuestos por los turcos».

Opina Lord Sidenham que los ataques a los Dardanelos se emprendieron sin consultar la opinión de los técnicos. El oficial de marina sólo puede informar sobre lo que él espera de su barco. Al oficial de artillería y al de ingenieros correspondía informar acerca de la potencia de las defensas terrestres, y no hay indicios de que se les preguntara. En estas materias, la experiencia de la guerra es el único guía seguro, y demostrado ha quedado que toda la que se posee era opuesta al referido ataque. Es verdad que frecuentemente difieren entre sí las opiniones de los técnicos, y el valor de sus pareceres depende de las razones que aduzcan; pero lo menos que se podía exigir es que los ministros civiles no prescindieran de ellas.

Si son exactas esas apreciaciones de Lord Sydenham—y hasta ahora no han sido rebatidas—no se necesita saber más para deducir cuáles fueron las causas que condujeron al fracaso de los ataques a los Dardanelos.

IV.—Las bajas del ejército y armada británicos

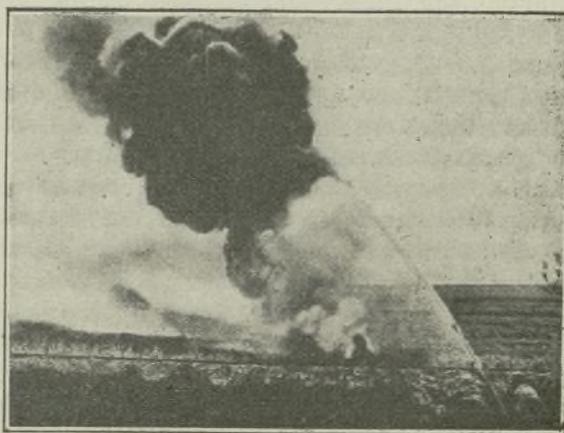
Las bajas del ejército británico desde el comienzo de la guerra hasta el 9 de noviembre de 1915, dadas a conocer por Mister Asquith, son las siguientes:

FRANCIA. *Oficiales*: muertos, 4.620; heridos, 9.754; extraviados, 1.583. *Tropa*: muertos, 69.272; heridos, 240.283; extraviados, 54.446.

MEDITERRÁNEO. *Oficiales*: muertos, 1.504; heridos, 2.860; extraviados, 356. *Tropa*: muertos, 21.531; heridos, 70.148; extraviados, 10.211.

OTROS TEATROS. *Oficiales*: muertos, 227; heridos, 337; extraviados, 76. *Tropa*: muertos, 2.052; heridos, 5.587; extraviados, 3.223.

MARINA, EN TODOS LOS TEATROS. *Oficiales*: muertos, 589; heridos, 161; extraviados, 52. *Tropa*: muertos, 9.928; heridos, 1.120; extraviados, 310.



Para ocultar los movimientos de tropas detrás del frente occidental, los alemanes forman nubes artificiales de gases de petróleo, por medio de aparatos especiales

SUMAS GLOBALES. *Oficiales*: muertos, 6.940; heridos, 13.112; extraviados, 2.067. Total: 22.119. *Tropa*: muertos, 102.783; heridos, 317.138; extraviados, 68.190. Total, 488.111.

TOTAL GENERAL: 510.230.

En el mes transcurrido desde el 9 de octubre al 9 de noviembre, 1915, uno de los más tranquilos de la guerra, en lo que concierne a los ingleses, las bajas ascendieron a 16.936, o sea un promedio de 546 diarias.

Según las declaraciones de Mister Tennant en la Cámara de los Comunes, las bajas de los ingleses en el frente occidental, desde 1.º de septiembre a 1.º de diciembre, fueron de 95.000 hombres, las más de ellas padecidas en la batalla de Loos, de últimos de septiembre; y el total de bajas de los contingentes australianos—sin incluir los neo-zelandeses—desembarcados en la Península de Gallípoli, suman 25.000.

V.—La campaña en Macedonia

La resistencia de los franceses en el desfiladero de Demir Kapu no fué de larga duración. Los búlgaros habían dividido sus fuerzas en tres columnas: la del centro, desplegada en un amplio frente, descendió hacia el Vardar por todos los valles secundarios que desembocan en aquel río entre Krivolak y Gradetz, un poco al N. de la estación de Strumnitza. La de la izquierda (Este) a caballo sobre la carretera de Strumnitza a Rabrovo, derrotó a los ingleses el 6 de diciembre y les empujó al O. del lago Doiran; pero el movimiento decisivo fué el de la columna de la derecha, que salvando el alto Tserna y deslizándose por las laderas meridionales de los montes de Marianska, avanzó sobre Petrovo, amenazando la línea de retirada de los franceses y obligándoles a retroceder a toda prisa. El día 8, el avance de los búlgaros fué general en todo el frente, acentuándose su empuje en la región occidental del Vardar, donde fueron destruidas varias unidades francesas. Perdieron los aliados unos 20.000 prisioneros, varias piezas de artillería y mucho material de guerra. Sus efectivos se calculan en 97.000 franceses y 73.000 ingleses, y el de los búlgaros en cuatro divisiones, o sea, unos 130.000 hombres. Las tropas alemanas no han tomado parte en estos combates, que han terminado con la total evacuación del territorio serbio y el repliegue de los aliados a las posiciones de Salónica. La persecución, muy tenaz de los búlgaros, terminó junto a la frontera griega, que todavía no ha traspuesto el vencedor.

De este modo tan desastroso ha concluído la expedición emprendida por los franco-ingleses en socorro de los serbios; tardíamente iniciada, suspendida al poco tiempo, y aplazada sin motivo la retirada, era de prever que abandonasen en derrota e impelidos por la fuerza, el terreno que pudieron desalojar libremente y sin peligro durante muchas semanas. La vacilación en resolver lo que debía de hacerse—tema que fué objeto de repetidas conferencias en París—la ha pagado cara el ejército expedicionario, que, además de sus quebrantos materiales, ha perdido su fuerza moral, ha envalentonado a los búlgaros y ha ofrecido un triste espectáculo de la pujanza anglo-francesa a los pueblos balkánicos.

Parece fuera de duda que se persiste en el mantenimiento del ejército en Salónica, en cuyas posiciones defensivas—una línea de alturas que corre en semicírculo alrededor de la ciudad, a una distancia de 5 a 8 kilómetros de ella—se trabaja febrilmente para ponerlas en estado de defensa. Qué es lo que puede esperarse de esa ocupación de Salónica, requiere un examen más detenido, que aplazo hasta la *Crónica* siguiente.

Los germano-búlgaros necesitan abundante dotación de artillería pesada para arrojarse contra los aliados, y es posible que esta circunstancia haya determinado la momentánea abstención del ejército de von Gallvitz en las pasadas operaciones. Es probable que se acometa al mismo tiempo la ofensiva turca o germano-turca en Gallípoli, y la búlgaro-germana en Salónica. La última fase de esta campaña, tan impremeditadamente comenzada en los Dardanelos hace ya diez meses, se aproxima a grandes pasos.

VI.—La situación el 16 de diciembre

Calma casi absoluta en Rusia; cañoneos y escaramuzas en Francia; suspensión de la vigorosa ofensiva italiana contra Goritzia y en el Carso, y pequeñas acciones de infantería en el Tirolo; y cañoneos bastante violentos en Gallípoli. En Persia, los rusos han dispersado unas bandas irregulares que hace pocos días les infligieron un duro golpe. Se agrava la situación en el S. de Persia, como consecuencia de la retirada de los ingleses en Mesopotamia. Van llegando contingentes turcos frente a Kut-el-Amara, algunas de cuyas posiciones avanzadas han tenido que evacuar aquellos; también han sido barridos los cortos destacamentos que aún se mantenían en la orilla derecha del Tigris. Se sabe que van camino de la Mesopotamia refuerzos británicos y turcos. En el Cáucaso están en suspenso las operaciones. Acerca del efectivo y de los propósitos de un ejército ruso—que se pretende es muy numeroso—que se reúne en la Besarabia, junto al Danubio, en la frontera rumana, nada se sabe de positivo.

La atención de todos los beligerantes parece estar fija en estos momentos en lo que va a ocurrir en Salónica.

En Montenegro prosigue el avance de los austriacos en el N. y el E., sin tropezar con seria resistencia. Algunos millares de serbios, dispersos de los cuerpos derrotados, y no pocos cañones, han sido capturados por el invasor.

El mariscal sir John French, Comandante en jefe del ejército británico en Francia, ha sido substituído en su cargo por el general sir Douglas Haig, que mandaba uno de los ejércitos a las órdenes del primero.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

17 diciembre 1915.